

LA EMANCIPADA

Miguel Riofrío

PRIMERA PARTE

Nada inventamos: lo que vamos a referir es estrictamente histórico: en las copias al natural hemos procurado suavizar algún tanto lo grotesco para que se lea con menor repugnancia. Daremos rapidez a la narración deteniéndonos muy poco en descripciones, retratos y reflexiones.

I

En la parroquia de M... de la República ecuatoriana se movía el pueblo en todas direcciones, celebrando la festividad de la Circuncisión, pues era primero de enero de 1841.

Sólo un recinto estaba silencioso y era el jardín de una casa cuyas puertas habían quedado cerrojadas desde la víspera. Allí hablaba una joven lugareña con un joven recién llegado de la capital de la República.

El joven era de mediana estatura, de facciones regulares y un tanto cogitabundo.

En la joven, su altura, flexibilidad y gentileza se ostentaban como el bambú de las orillas de su río: su tez fina, fresca y delicada la hacía semejante a la estación en que los campos reverdecen; la ceja negra, y las pupilas y los cabellos de un castaño oscuro le daban cierta gracia que le era propia y privativa: su mirar franco y despejado, una ondulación que mostraba el labio inferior como desdeñando al superior y el atrevido perfil de su nariz, daban a su rostro una expresión de firmeza inconmovible. No había una perfecta consonancia en sus facciones; por eso el conjunto tenía no se qué de extraordinario; la limpieza de su frente y la morbidez de sus mejillas que se encendían con la emoción, parecían signos de candor: la barba perfectamente arqueada imprimía en todo su rostro cierto aire de voluptuosidad: una contracción casi imperceptible en el entrecejo mostraba haber reprimido de tiempo atrás alguna pasión violenta: el cuello levemente agobiado le daba una actitud dudosa entre la timidez y la modestia: de modo que ningún fisónomo habría podido adivinar su carácter moral y fisiológico con bastante precisión.

De qué hablaban, se puede adivinar fácilmente si se atiende a que el joven había estudiado las materias de enseñanza secundaria en la ciudad más cercana a la

parroquia de que nos ocupamos, y que iba a pasar sus temporadas de recreo en casa de la joven. Se conocerá más claramente cual había sido su pensamiento dominante, cuando se sepa que después de terminado el curso de artes, había pasado a hacer sus estudios profesionales en la Capital, y había estudiado con todo tesón necesario para recibir la borla, dar media vuelta a la izquierda y volver a cierto lugar que sus condiscípulos deseaban conocer porque le había pintado muchas veces en los ensayos literarios que se le obligaba a escribir en la clase de Retórica. En uno de estos había dicho:

Quedaos vosotros, hijos de la corte, en la región de las Pandecetas, y el Digesto y las partidas. Yo de la jerarquía de doctor pasaré a la de aldeano, porque allí mora la felicidad.

Las hoyas de los ríos Malacatus, Uchima, Chambo y Solanda con sus preciosidades vegetales y sus vistas pintorescas acogerán el resto de mis días.

Las vegas son allí un salpicado caprichoso de alquerías, casas pajizas, ingenios de azúcar, platanares, plantíos de caña dulce y pequeñas laderas en que pacen los ganados. Todo esto recibe un realce sorprendente con el relieve de los árboles ya gigantescos, ya medianos, que nacen y crecen sin sistema artístico y con la sola simetría que a la naturaleza pudo darles. La ceiba, el aguacate, el guayabo, el naranjo y

el limonero son los más comunes matices de los platanares, los cañizales y los prados.

A la margen de los ríos se levantan, se extienden y entrelazan los bambús, los carrizos, los laureles, el sauce y el aliso. En las colinas levántase el arupo para mostrar de lo alto su copa y sus ramilletes.

Como el placer y el dolor en el corazón del hombre, así alternan a la falda de esos cerros y en la parte agreste de esos valles, el faique con sus espinas y el chirimoyo con la frescura de su follaje, la fragancia de sus flores y lo sabroso de su fruta.

Las acequias que partiendo de los azudes, van a humedecer los terrenos regadizos, dan a beber a las plantas, atraviesan los setos y recorren las heredades moviéndose y rielando como serpiente de diamante.

En los ribazos se forma algunas veces una sociedad heterogénea: las cabras, las vacas, las yeguas ramonean el césped que Dios creara para ellas; y a la par de estas el hombre recoge de los mismos parajes, el díctamo, el azafrán, la doradilla, la canchalagua, y extrae la miel y la cera que fabrican las abejas. Más allá, las altiplanicies pobladas de higuerones, cedros, faiques y guayacanes, sirven de aprisco y majada a los rebaños y de sesteadores al campesino.

La más célebre de sus cordilleras es Auritosinga, cuyo nombre ha viajado alrededor del mundo, unido a la preciosa corteza que allí

se descubrió.

Las campiñas y las florestas están siempre animadas por la antifonía de las aves canoras y de las aves bulliciosas.

Tal es el templo en que daré culto a una Deidad.

Cuando se le imponía el deber de escribir memorias geográficas de su provincia, hablaba a duras penas de todo lo que no era su parroquia predilecta, y cuando de ésta escribía mencionaba hasta los más insignificantes pormenores aunque estos quedaran fuera del tema que se le había señalado. En uno de los ensayos decía con referencia a su pueblo:

Desde el 24 de diciembre hasta mediados de enero mostraban esos campos sus escenas peculiares.

En algunas alquerías de segunda orden se formaban lo que llaman altar de nacimiento. Estos son simulacros más o menos grotescos del portal de Belén. La cuna de Jesús ocupa el cúlmen y van descendiendo en forma de anfiteatro, los reyes, los pastores, los niños degollados por Herodes, el paraíso terrenal con huertos y animales, mezclado todo con sucesos más recientes y aún con cuadros de costumbres lugareñas. Las figuras en que todo esto se representa son de diversos materiales, pero más comúnmente de madera: algunas de estas figuras son de movimiento y las hacen

desempeñar sus oficios empleando algún mecanismo sencillo o ingenioso.

Cada casa en que se levanta alguno de estos altares tiene preparados bizcotelas, queso, frutas escogidas, bebidas frescas, licores ordinarios y también un guitarrista y un tamborillero, para obsequiar a los visitantes con comida, bebida y bailecillos fandangos.

Cuando el baile va a empezar se retira a la sacra familia en señal de acatamiento.

Como estos altares distan unos de otros por lo menos un kilómetro los paseos son siempre a caballo.

Así seguían las descripciones que los melindres de la crítica calificaban de pesadas y ridículas, sin atender a que el compositor nada podía encontrar de útil ni de bello fuera de su recinto predilecto.

La joven por su parte, con menos reglas, pero con más corazón, había escrito sus memorias para presentarlas algún día a la única persona que podía ser su consuelo sobre la tierra: en esas memorias habrían hallado también los despreocupados mucho que despreciar, pues se reducían a pintar al natural, lo que había producido su madre, por haber recibido lecciones de un religioso ilustrado, llamado padre Mora, a quien comisionara el Libertador Bolívar para la fundación de las escuelas lancasterianas. Pintaba los tiernos sentimientos que esta madre así instruida sabía

inspirar, y que después de referir las escenas que habían precedido al fallecimiento de esa buena madre, agregaba:

Una semana después de haber sepultado a mi madre cuando todavía estaban mis ojos hinchados por las lágrimas, recogió mi padre todos mis libros, el papel, la pizarra, las plumas, la vihuela y los pinceles: formó un lío de todo esto, lo fue a depositar en el convento y volvió para decirme: «Rosaura, ya tienes doce años cumplidos: es necesario que desde hoy en adelante vivas con temor de Dios; es necesario enderezar tu educación, aunque ya el arbolito está torcido por la moda; tu madre era muy porfiada y con sus novelorías ha dañado todos los planes que yo tenía para hacerte una buena hija; yo quiero que te eduques para señora y esta educación empezará desde hoy. Tú estarás siempre en la recámara y al oír que alguien llega pasarás inmediatamente al cuarto del traspatio; no más paseos ni visitas a nadie ni de nadie. Eduardo no volverá aquí. Lo que te diga tu padre lo oirás bajando los ojos y obedecerás sin responderle, sino cuando fueres preguntada» «¿Y no podré leer alguna cosa?» le pregunté: «Sí, me dijo, podrás leer estos libros» y me señaló Desiderio y Electo, los sermones del padre Barcia y los Cánones penitenciales.

Apuntados estos antecedentes y el de que

el joven sabía bien que el padre de Rosaura nunca faltaba a los paseos de año nuevo, ni a la práctica de dejar a su hija encerrada cuando él salía a divertirse; y constándole además que los caminos estaban ocupados por hileras de hombres y mujeres que discurrían alegres haciendo la visita de los altares; que cada altar era una estación: que los patios estaban cuajados de caballos, bestias mulares y borricos en gran número, ya se puede deducir que el flamante doctor había penetrado hasta el jardín de Rosaura, sin temor de que nadie le sorprendiese, y puede también maliciarse que de sus prácticas sublimes resultaba el recíproco propósito de unir su suerte para siempre, en caso de que pudieran ser vencidas las tenaces resistencias que opondría el terco padre de la joven.

Esto que es fácil de maliciarse, fue lo que en efecto sucedió: pasados los primeros momentos de sorpresa, sustos, exclamaciones, y monosílabos, se refirieron recíprocamente lo que durante la ausencia había pasado. Al hablar Eduardo de sus planes de futuro enlace, se trabó este diálogo que no será inútil referir:

—¡Eduardo! —dijo Rosaura—, yo conozco a mi padre, y me estremezco al pensar que pudiera alguno de tus pasos irritarle, pues el resultado no sería otro que el de separarnos para siempre.

—Que el alma se separa del cuerpo —respondió Eduardo—, puede comprenderse;

pero que dos almas que se amen como yo te amo lleguen a desunirse, eso no, Rosaura; si así lo piensas, tú no me amas.

—Eduardo, yo quiero que me comprendas. En mis diez y ocho años de vida, o más bien en mi noche de diez y ocho años, no ha habido más que dos luces para mí: la de mi madre que se apagó y la que ahora me está alumbrando y temo que se aleje al cometer una imprudencia... En mi sentir cuando el amor no se enciende el alma está en tinieblas... quise decir, que amo a mi madre en el cielo, porque no puedo amarla de otra manera: éste es un amor que hace llorar: el tuyo es un amor vivo que hace esperar, soñar y estremecerse... Yo hablo fuera de mí... ¡qué hacer! al fin direlo todo: mi padre tiene interés en que nadie me conozca, y menos tú porque teme que se descubran algunos secretos... Pero, retírate por ahora, amigo mío, porque va a anochecer y puede venir alguien.

II

Al amanecer del día siguiente, recibió Eduardo una carta de un íntimo amigo suyo que estaba en todos sus secretos, quien le decía:

Querido Eduardo: prepara el ánimo para oír cosas terribles: es preciso que cobres

fuerzas y leas esta carta hasta el fin. Conforme a lo convenido asistí al baile del Niño.

Son las dos de la mañana: oigo todavía el canto y el tamboril: don Pedro está en el baile y creo que no verá a su hija hasta muy tarde. Puedes aprovechar de los momentos que son preciosos, entre el cura y don Pedro van a sacrificar a Rosaura, si acaso no andas listo.

Don Pedro había apurado las copas como siempre, y se convirtió en hazmerreír de los tunantes. En uno de los corros le hablaron del próximo matrimonio de la monjita (así llaman a Rosaura) y le oí estas palabras que me helaron todas las fibras: «El cura me ha dado un buen novio para ella y le he admitido a ojo cerrado, porque sé que un cierto mocito ha venido ya a amostazarme la sangre. Mañana en la misa de este Niño será la primera amonestación. Pasado mañana en la misa de los paileros será la segunda amonestación. El día de los santos reyes la monjita será esposa legítima de don Anselmo de Aguirre, propietario de terrenos en Quilanga».

Con una angustia mortal, aunque sin dar entero crédito a lo que acababa de oír, me acerqué a hablar con el cura, al tiempo que éste se sentaba en un taburete para saborear un vaso de aguanaje que le acababan de servir. Al mismo tiempo se acercó don Pedro, haciéndole al cura mímicas contorsiones y señalando con el índice a dos viejos que le seguían, dijo:

—Oiga mi padre cura, lo que me dicen estos bellacos: me dicen que hago mal en dejar correr las amonestaciones, antes de haber pedido el consentimiento de la novia, como si mi hija pudiera dejar de consentir en lo que su padre lo mande.

El cura se arrellanó, nos dirigió una mirada a estilo de Sultán: tragó un bocado de aguanaje, produciendo un ruido repugnante, y con afectada gravedad respondió:

—Sin duda no sabrían esos señores que yo soy quien lo ha dispuesto.

—No, señor, no sabíamos —repuso uno, bajando la cabeza.

—Si el señor cura lo ha dispuesto, bien dispuesto está —dijo el otro.

Todos tres se retiraron.

—Señor cura —le dije yo—, el asunto es grave y si me permitiera le haría algunas reflexiones.

—¿Qué reflexiones serán esas? —me respondió sin mirarme y con la vista fija en los que empezaban a bailar.

—La primera es que las hijas no son esclavas ni de sus padres ni de los curas.

—¿Y es un pascasio el lancasteriano quien ha de venir a enseñarme?

—Sí señor, un pascasio lancasteriano, tiene derecho para decir a un señor cura que si en verdad somos cristianos, debemos ser sustancialmente distintos de aquellos pueblos, en que la mujer es entregada como mercancía

a los caprichos de un dueño, a quien sirve de utilidad o de entretenimiento, mas no de esposa. El cristiano debe penetrarse de lo que es una esposa conforme al cristianismo, y de que las hijas de la que fue Madre de Dios, deben valer algo más que los animales que se encierran en un redil para que vivan brutalmente.

En contestación me arremetió con distingos y subdistingos disparatados.

Conocí que era infructuosa toda discusión con un hombre a quien todos admiraban y aplaudían hasta por las cruces que se hacía al tiempo de bostezar, y me salí sin despedirme.

Me he detenido en pormenores para que conozcas entre qué hombres estamos y pienses en lo que mejor te convenga.

A las seis de la mañana Rosaura recibió una carta de Eduardo en que le daba las noticias del anterior, y continuaba diciendo:

Tú sabes bien que tu padre no puede obligarte a que te cases sin tu voluntad. Yo aguardaré los tres años que te faltan para ser libre, o pediremos las licencias en los términos que nos permite la ley.

No sé quién es el hombre que cuenta ya con tu mano, pero tengo la evidencia de que no te ama, pues ni siquiera te conoce; mientras que tu corazón y el mío han sido creados para amarse eternamente. Ahora resulta que un

muro va a interponerse entre nosotros dos; pero ¿qué muro podría resistir al poder excelso del amor? Vence tú en lo que a ti sola corresponde: piensa que tu madre habría bendecido nuestra unión, y este pensamiento dará vigor a tus esfuerzos: piensa que con pocos días de una resolución enérgica y perseverante aseguras la libertad de tu vida entera.

Dime alguna palabra: haz algún signo que yo pueda comprender cuando necesites de mi auxilio. Yo estaré siempre en las inmediaciones de tu casa: día y noche me tendrás a tu disposición para luchar como atleta si te amenaza algún peligro. Según lo dispuesto por el cura nada te dirá tu padre hasta pasado mañana. Desde ese día estaré cerca de ti para atender a la menor indicación.

Siento que el alma me agranda y las fuerzas se duplican cuando pienso en nuestro amor. Bendeciría mi hora postrera, si consiguiese expirar sacrificándome por ti.

Tuyo para siempre. Eduardo.

Dos horas después, el ladrido de los perros anunció que don Pedro de Mendoza se acercaba a su alquería.

Rosaura corrió azorada a recostarse en su lecho.

Como la fisonomía de Don Pedro carecía de expresión, bastará para presentar su persona una rápida silueta. Era un campesino

alto, enjuto, de nariz roma, barba gris que le bajaba hasta la mitad de la mejilla, ojos pardos de un mirar entre estúpido y severo, frente calva un poco estrecha hacia las sienes, color rojizo y labios amarillentos. Entró en el patio de su casa cabalgando una mula negra; para apearse recogió la parte delantera de su poncho grana y la echó al hombro izquierdo. Se desmontó, ató el cabestro a un pilar, zafó de la quijada la tira de cordobán que sostenía su enorme sombrero amarillento: al quitarse las espuelas y las amarras, divisó en el patio las huellas de una bestia, las observó con prolijidad: cobró una expresión iracunda: entró estrepitosamente en la sala: llamó a su hija, y como esta no respondía, la buscó por todas partes hasta que fue a hallarla en su dormitorio.

—¿Con que estamos de lágrimas? —le dijo —, ¿por qué son esas lágrimas?... y sigue llorando y no responde!... ¿Quién ha venido a caballo esta mañana?

—Un muchacho.

—¡Linda respuesta! ¡Un muchacho! Cuando sueltas esas palabras, diciendo con miedo un muchacho, y te quedas allí llorando, es porque ha habido alguna picardía.

—Eso no, Señor —dijo Rosaura levantándose.

—Pues entonces ¿quién era el muchacho y a qué ha venido?

—Fue el paje de Eduardo Ramírez y vino a

darme la noticia de que se trata de casarme el 6 del presente.

—¿Por eso estás llorando?

—Ya no lloro: perdone usted la niñada de haber creído por un rato que usted hubiera convenido en entregarme para siempre a un hombre que ni siquiera he conocido.

—Eres todavía muy muchacha y estás mal educada: debes saber que el señorío de esta jurisdicción es vizcaíno y asturiano puro, y desde el tiempo de nuestros antepasados ha sido costumbre tener las doncellas siempre en la recámara y arreglarse los matrimonios por las personas de consejo y de experiencia que son los padres de los contrayentes. Así me casé yo con tu madre, y en realidad de verdad, al no haber sido así, no me habría casado, porque tus abuelos (que Dios haya perdonado y tenga entre santos) cometieron el desbarro de que un maldito fraile (perdóneme su corona), que vino a esa tontera de escuelas normales, hiciera leer malos libros a la muchacha. Con ese veneno se volvió respondona, murmuradora de los predicadores, enemiga de que se quemaran ramos benditos para aplacar la ira de Dios, y amiga de libros, papeles y palabras ociosas; de modo que nadie quiso casarse con ella en la ciudad, y con justa razón, porque ella en vez de hilar y cocinar, que es lo que deben saber las mujeres, le gustaba preguntar en dónde estaba Bolívar, quiénes se iban al Congreso, qué decía la Gaceta, y guardaba como cosa de reliquia

esos libros de Telémaco y no sé qué otros extravagantes que le había dejado ese fraile, que ni sé como se llamaba: unos le decían padre normal, otros padre masón y otros padre maestro. Pero volvamos al asunto, como nadie quiso casarse con la masoncita remilgada, me la endosaron a mi diciéndome que era una perla. Bastante me hizo rabiar con sus resabios; pero ya se murió y todo se lo he perdonado por amor de Dios. Con que ya ves que si a una normalista como a tu madre la casaron sin que me conociera, a una dócil y obediente como tú se la ha de casar como a persona de valer. ¿Estamos en ello?... ¿No respondes?... Sabes que estoy atrasado en mis intereses, que necesito trabajar para ti misma y que no puedo estar toda la vida ocupado en cuidarte.

—Señor, en qué estorbo. ¿No podría ir a encerrarme en el monasterio de la ciudad?

—Ya yo lo había pensado: no me parecería mal que estuvieses entre las esposas de Jesucristo; allí está la vida más perfecta; ojalá tu madre hubiera tenido siempre en su mano las letanías y los misereres, en vez de esos libros que por misericordia de Dios han ido a poder del señor cura: entonces ella y yo habríamos sido menos desgraciados: pero volviendo al asunto, he pensado que tú no debes ir. Si entraras de seglar, las monjas no me dejarían sosiego, pidiéndome las expensas necesarias para tu subsistencia, y elegirían

precisamente los días en que estuviese sin blanca, porque así son esas monjas. De seglar ni pensar. Para monja de velo negro, ni tengo los mil pesos de dote, porque tu madre en nada me ayudó al trabajo y después... pero pasando a otra cosa: no te darían los votos para monja de velo negro, porque esas monjas son muy melindrosas en asuntos de linaje, y aunque yo soy tan caballero como los padres de muchas de ellas, no dejan de hacerme algunos melindres, pues hubo mil de habladurías cuando me casé con tu madre; ¡cuánto mejor me hubiera estado casarme con una campesina y trabajadora como yo! Pero vamos al caso: de velo negro no se puede, y de velo blanco tampoco, pues no quiero que seas criada de nadie.

—Según acaba de decirme, a usted no le reconocen como a noble: en tal caso ¿no podría usted casarme como a plebeya, es decir, con alguna persona a quien mi voluntad se inclinara, siempre que esa persona fuese honrada, virtuosa, desinteresada y trabajadora? Yo creo que así sería feliz.

—Convenido, haz que tu voluntad se incline a Don Anselmo de Aguirre que va a ser tu marido con la bendición de Dios, del cura y mía, y hemos concluido este asunto que ya me va fastidiando, porque detesto bachillerías de mujeres, pues bastante tuve con las de tu madre.

—Mi voluntad no puede inclinarse a un

desconocido... y usted padre mío no será capaz de...

—¿Capaz de qué? Habla pronto, porque ya me has cansado. ¿Capaz de qué?

—De sacrificarme inhumanamente, después de haberme atormentado todos los días con palabras ofensivas a la memoria de mi madre.

—¡Ingrata! ¿Te atreves hablar así a tu padre? Bien dice el refrán: criarás cuervos para que te saquen los ojos: este es el fruto de la cizaña que sembró tu madre en tu corazón, por esto la maldigo y deseo que ese demonio se esté revolcando en los infiernos. (Esta escena parecerá bárbara e inverosímil a los que no hubiesen experimentado de cerca a nuestro déspota de aldea).

—No maldiga a mi madre... ¡Madre mía! tu hija de bendice.

—A las perversas como tu madre se les envía maldiciones en vez de padrenuestros y avemarías, y a las inobedientes como tú se les ata de un poste y se las enseña a ser buenas hijas.

—¿Podré rogar de rodillas, padre mío?

—Así con humildad puedes hacerlo; pero es inútil porque yo necesito que te cases, he dado mi palabra y a ella no he de faltar aunque te mueras.

—Yo he dado también la mía desde mi niñez y moriré antes que faltar.

—¡Demonios! —gritó el viejo temblándole

la voz— Y así me decías, iso víbora endemoniada! ¡Hija de tu madre! ¿Que querías ir a un monasterio?

—Creo que sólo Dios es infinitamente superior a la persona a quien he entregado toda mi alma: esta persona es Eduardo: sólo entre Dios y Eduardo me es lícito escoger esposo: todo otro partido lo rechaza mi corazón y preferiría la muerte y los tormentos...

—Prefieres la muerte y los tormentos, pues está bien: te juro por Dios Nuestro Señor y esta señal de la cruz que no volverás a repetir esa palabra.

Bien se comprenderá que era don Pedro uno de aquellos tipos que caracterizan a la vieja aristocracia de las aldeas, cuyos instintos tradicionalistas les hacían feroces para con sus inferiores, truhanescos con sus iguales y ridículamente humildes ante cualquier signo de superioridad.

Así como su obediencia era ciega e irreflexiva a la voz de los más grandes, así la imponía de su parte a los más pequeños. Obedecer al fuerte y despotizar al débil era su única regla de conducta y siempre la ejecutaba brutalmente. Cualquier respetuosa observación de parte de un inferior era vista como blasfemia y severamente castigada en los ratos de mal humor. La idea de justicia estaba borrada de todos los corazones y suplantada con unas pocas máximas creadas para

sostener el prestigio de los curas. «Cuando Dios habla todo debe callar». «Los sacerdotes son una caña hueca por donde Dios trasmite sus preceptos a los hombres». «La voz del sacerdote es la voz de Dios», y otras por el mismo orden era la única moral que iba a regir en lo interior de las familias. Estos antecedentes unidos a la idea de que si Rosaura se casaba con quien no fuera un rústico, correría su padre el peligro de que se le pidiese cuenta de los bienes de su difunta esposa; al efecto físico de la beodez que produce un desesperante fastidio al disiparse y al carácter personal de ese ignorante, pueden explicar, sin que se atribuya a locura el modo como empezó a cumplir don Pedro el juramento que acaba de hacer por Dios Nuestro Señor y la señal de la cruz. Él vio que su hija sacaba de su mismo despecho la suprema resolución de sacrificarse, malició con un instinto menos fino que el del tigre, que una mujer resuelta es igual al más grande de los héroes en valor, fortaleza, improvisación de planes y presteza en realizarlos, y tomó una actitud injusta, cruel, estúpida; pero que resultó eficaz para el objeto que se propuso.

Agarró un bastón de chonta con casquillo de metal: salió jadeante y demudado dijo con voz de trueno a Rosaura:

—Vas a ver los estragos que causa tu inobediencia.

La joven presentó serenamente su cabeza

para que su padre la matara a garrotazos. Él pasó frotándose con su hija, llegó al traspatio y le dio de palos a un indígena sirviente.

—¡Amo mío! ¡Perdón por Dios! Yo no he faltado en nada —dijo el indio.

—Sois una raza maldita y vais a ser exterminados —replicó el tirano, dirigiéndose enseguida con el palo levantado a descargarlo sobre la hija del indio que era una criatura de seis años.

Rosaura partió como una flecha y paró el golpe diciendo:

—Yo no quiero que haya mártires por causa mía. Seré yo la única mártir: mande usted y yo estoy pronta a obedecer.

—¿Te casarás?

—Me casaré.

—¿Con don Anselmo?

—Con don Anselmo.

—¿El día de los Santos Reyes?

—El día de los Santos Reyes.

—Pues la paz de Dios sea en esta casa.

Rosaura partió con paso firme y frente elevada a su dormitorio: su padre le fue siguiendo y dijo él al entrar:

—Para que no tengas de qué quejarte de mí en ningún tiempo, te dejo la libertad de que elijas los padrinos.

—Gracias. Por Padrino elijo a mi padre, y sentiría en el alma que así no fuera; y en vez de la libertad de elegir madrina quisiera otro favor.

—Como no sea algún disparate.

—En caso de ser un disparate usted podrá negarme, pues no se reduce sino a que me permite escribir una carta...

—Si es a soltero, no...

—No se trataba sino de decir a una persona que, como hija obediente voy a dar gusto a mi padre casándome con don Anselmo.

—Eso sí. Ya sé a quién; pero yo leeré la carta y yo mismo la enviaré con persona de mi confianza.

—Y si tuviera usted a bien escribirla de su puño, yo la firmaría.

—¡Que me place! ¡Que me place! Voy a escribirla. ¿No es para don Eduardo?

—Sí, señor:

Don Pedro volvió a su sala diciendo para sí solo:

—¡Lo que vale la energía! Ya todo lo he conseguido en menos de dos horas: si me hubiera metido blando y generoso ¿qué habría sido de mí? La letra con sangre entra. Ahora no hay más que tener cuidado para que esa sabandija no me juegue alguna mala partida. Pero no, desengañándolo al abogadito ya no hay cuidado. Esta carta me salió como miel sobre buñuelos. Voy a ponérsela con desprecio, porque así se debe tratar a estos muchachos; pero no, lo político no quita lo valiente.

Algunos minutos después Rosaura fue llamada a firmar, y firmó sin saber lo que su padre había escrito. Al tiempo de cerrar, puso

al respaldo furtivamente estas palabras: «Han ocurrido cosas que me han despechado y he resuelto dar una campanada. Te juro que no seré de don Anselmo, vete a la ciudad antes del 6».

Don Pedro que había salido por un minuto, volvió a entrar con el que había de conducir la carta, a tiempo que Rosaura iba a pegar la oblea.

—Alto ahí, señorita —dijo: enseguida empuñó la esquila, la sacó de la cubierta, la desdobló y sacudió receloso de que hubiere interpuesto otra hoja. Vio que estaba firmada, la cerró y la entregó al conductor.

Desde ese instante empezaron en casa de don Pedro los preparativos para el banquete y los festines nupciales.

III

El desventurado Eduardo, al recibir la carta pasó de una agitación terrible a otra más terrible agitación. La esquila decía así:

Muy señor mío: Por cuanto mi señor padre me ha dicho lo que la Santa Iglesia nos enseña, conviene saber: que los padres son para los hijos segundos dioses en la tierra y que se han de cumplir sus designios con temor de Dios, recibo por esposo al señor don Anselmo de Aguirre, porque será una encina a cuya sombra

viviré como buena cristiana, trabajando para mi esposo, como la mujer fuerte, y para los hijos que Dios me dará, sin mirar mis grandes pecados y sólo por su infinita misericordia; por ende podrá usted tomar las de Villadiego. Dios guarde a usted por muchos años —firmado—. Rosaura Mendoza.

Después de exhalar solitarias exclamaciones y derramar algunas lágrimas Eduardo se reconcentró a meditar en la naturaleza de su situación y en el partido que debería tomar:

—Ella ha firmado —pensaba él—, lo que su padre le ha obligado a que firmara. En la casa ha ocurrido sin duda alguna gravísima novedad. Quizá mi carta esté en manos de don Pedro; ¿si seré yo el causante de las desgracias de Rosaura? Mas yo la supliqué que me llamara y ella me dice: vete a la ciudad. Luego me dice que va a dar una campanada: este anuncio me horroriza, ¿se habría resuelto a dar un no en la puerta de la iglesia? Ese no le costaría tres años de tortura que es el tiempo que la Ley la obliga a permanecer a merced de su padre... Ella me jura que no será de don Anselmo, y parece que nada ha valido ante sus ojos mi adoración de seis años, mi abnegación a todo encanto que no fuera el de sus gracias, y mi constante padecer durante una ausencia que me parecía de siglos: el término de mis esperanzas y de mi fe ¿ha de ser esa palabra:

vete a la ciudad?

No pudiendo deliberar por sí solo, reunió a los mejores de sus amigos y les habló con voz de agonizante, porque entre el enjambre de reflexiones le había saltado la idea de que el plan de Rosaura fuera nada menos que el de un suicidio. Sus jóvenes amigos vivamente interesados por la suerte de ambas víctimas, después de varios proyectos y tentativas descubrieron que Rosaura estaba constantemente vigilada y que nada se podría hacer hasta el día de la ceremonia, prometiendo estar atentos a la más mínima circunstancia que ocurriese desde la madrugada del 6 hasta la hora del matrimonio.

IV

La mañana del 6 de enero no estuvo en consonancia con el luto y la amargura del corazón de Eduardo. Este corazón necesitaba de un cielo denegrecido, un horizonte caliginoso y una atmósfera funesta, y por desgracia suya a las cinco de la mañana ya se veían distintamente los extensos platanales brillantados por el rocío; las arboledas que parecían responder con su frescura a las sonrisas del cielo azul; las ardillas que saltaban; los pájaros que en rica variedad cantaban, silbaban y gorjeaban por todas partes; los hombres y mujeres que entraban y

salían afanosos por la puerta de trancas de don Pedro de Mendoza, preparando viandas y bebidas para la boda.

Esta espléndida mañana parecía anunciar un triunfo más bien que un sacrificio.

Un reloj de péndola acababa de dar nueve campanadas cuando una cabalgata de seis caballeros presididos por don Pedro de Mendoza partió con dirección al caserío principal, llevando en su centro a una mujer cuyo velo verde impedía que sus facciones fueran distinguidas. Este grupo entró a la plaza llamando la atención pública y se detuvo en el corredor de una casa de teja: allí ayudaron a desmontar a la joven del velo verde que entró a la sala y pasó sin detenerse al cuarto del tocador.

A las once, la plaza estaba cubierta de gente repartida en diversos grupos. A la voz de «la novia va a salir», estos grupos se condensaron y apiñaron acercándose todos a la casa en donde había entrado la joven de velo verde.

Poco después hubo un movimiento uniforme de admiración, pues se presentó algo que parecía una visión beatífica: era Rosaura con las nupciales vestiduras. Al tocar en el umbral levantó su velo como si le estorbase, y quedó en pública exposición un rostro que no era ya el de la virgen tímida y modesta que antes se había visto rara vez y con gran dificultad. Rosaura mostraba en ese instante no

sé qué de la extraña audacia que se revela en los retratos de Lord Byron. Podía decirse que ya su alma era de pólvora y que bien pronto iba a hacer una explosión.

Mientras los numerosos espectadores desahogaban sus emociones con las voces de: ¡Qué guapa! ¡Qué hermosa!, dijo un joven al oído de la novia:

—Estamos armados y venimos de parte de Eduardo a ponernos a las órdenes de usted.

—¡Gracias! —respondió Rosaura y se encaminó al templo en medio del gentío.

En el convento o casa del cura estaba entre otros hombres, un campesino frescachón, como de cuarenta años, de una tez algo percutida, pero con aquella suavidad de facciones propia de los linfáticos. Su barba era negra y espesa; el perfil del rostro se acercaba más bien al círculo que al óvalo, salvo las protuberancias de una nariz bastante ancha, quijada ligeramente arremangada y labios no muy gruesos, pero sí muy rojos; sus ojos pardos tenían la vana pretensión de mostrarse vivarachos; pero en verdad eran sosegados: lo que más le caracterizaba parecía ser una frente ancha, redonda, de piel sudosa, su garganta hiperbólica y su vestuario: éste se componía de un frac verde de talle alto, pantalón blanco de royal, corbata baya, es decir, el mismo color de los zapatos, chaleco grande de terciopelo azul y sombrero negro aclarinado. Su sonrisa era esencialmente selvática. Con esta sonrisa y con

una voz entre bronca, estúpida y sibilante, a causa del defecto de su garganta, dijo este pobre sujeto:

—Ustedes creerán pues que estoy muerto de gusto itontos! No saben que tengo un miedo tan fiero: me parece que me fueran a fusilar.

—Pero si la novia es linda, ¿qué más quiere mi don Anselmo? —replicó otro.

—Mi padre me sabía decir que las lindas suelen ser más ariscas y resabiadas que los potros de serranía, por eso tengo un susto tan fiero.

En esto se presentó un sacristán vestido de roquete y dijo en alta voz:

—La novia ha estado aguardando desde las once.

—Vamos, pues, ¡qué Dios le ayude, mi don Anselmo! —dijeron todos.

—Amén —respondió éste santiguándose y partió.

Media hora después estaban en la puerta de la iglesia, de pie y colocados en hilera, don Pedro, don Anselmo, Rosaura, una matrona obesa que hacía de madrina y una muchacha con una aljofaina de plata que contenía trece doblones, un anillo y una gruesa cadena de oro.

De frente estaba el cura revestido conforme a ritual; éste, entreabriendo un libro que tenía en la mano, se acercó a Rosaura, y con voz gangosa y afectada gravedad le dijo:

—Señora doña Rosaura de Mendoza, ¿recibe usted por su legítimo esposo al señor

don Anselmo de Aguirre y Zúñiga que está aquí presente?

—No, no, no —dijeron muchas voces como para alentar a Rosaura: este ruido impidió escuchar lo que ella había respondido.

—¡Silencio! —gritaron el cura y el teniente. En seguida el cura tornó a preguntar:

—Señora, ¿recibe usted por esposo al señor don Anselmo de Aguirre?

Rosaura con voz firme y sonora respondió:

—Sí, señor, lo recibo por esposo.

—¡¡Qué es esto!! —exclamaron muchas voces y el asombro se pintó en los semblantes. El cura y don Pedro se cambiaron una mirada que quería decir: hemos triunfado.

La gente se iba dispersando para no presenciar el fin de la ceremonia.

Cuando el párroco, con gran satisfacción hubo echado la bendición nupcial, y el cortejo se encaminaba hacia el altar, Rosaura volvió el rostro, bajó el vestíbulo y se encaminó resueltamente a la casa de donde había salido para ir al templo. Al advertirlo, salió su padre y le dijo sobresaltado:

—Rosaura ¿a dónde vas?

—Entiendo, señor, que ya no le cumple a usted tomarme cuenta de lo que yo haga.

—¿Cómo es eso?

—Yo tenía que obedecer a usted hasta el acto de casarme porque la Ley me obliga a ello: me casé, quedé emancipada, soy mujer libre: ahora que don Anselmo se vaya por su camino,

pues yo me voy por el mío.

—¡Malditas leyes! ¡Tiembla infeliz, pues maldeciré a tu madre!

—Ya había previsto esta amenaza; pero no me da ningún cuidado: Dios es justo. Él está premiando las virtudes de mi madre, y castigará al que se atreviere a maldecir su memoria. Haga usted lo que quiera.

Don Pedro volvió al templo, pálido y temblando. Un sordo rumor se propaló entre los concurrentes de ambos sexos. El novio y la madrina se habían arrodillado ya en la grada del presbiterio y allí permanecieron como estatuas: el cura cantó su misa con un desentono que movía a compasión y se turbaba a cada paso en las ceremonias.

A la una de la tarde la plaza era una confusa vocería: movíanse los hombres como abejas: todos exponían sus opiniones en alta voz. De repente sobresalió un grito que decía:

—¡Muchachos! Han ido a traer presa a la novia de orden del cura y del teniente. Si la traen a defenderla.

—Sí, sí, a defenderla.

—No la han de traer porque ya le dieron pistolas cargadas y estaba muy resuelta.

—Allí viene, muchachos, a defenderla.

—Al convento, al convento.

Llegó Rosaura en su alazán hasta el vestíbulo del convento precedida de cuatro hombres de a caballo y seguida de la multitud. Estaba encantadora: sobre su vestido blanco

de bodas se había echado una capita grana: su espesa cabellera en dos crenchas flotaba sobre la capa: su sombrerito de jipijapa sostenido por dos cintas blancas sentaba perfectamente en ese rostro encarnado por el calor y animado por la emoción.

—Que entre —gritó una voz.

—Que salgan los que quieren hablarme —contestó Rosaura.

—Que entre, mandan el cura y el teniente.

—Que salgan, digo, y si se tardan me voy.

—Que salgan, sí, que salgan —gritó a su vez la multitud.

Salió un vejete de poncho rojo y cuello aplanchado, ostentando las borlas de su bastón de guayuro. Éste dijo con voz que tenía pretensiones de terrible:

—¿No sabe usted que la hembra casada ha de seguir a su marido porque así lo manda la Ley?

—Cuando mi esposo quiera que le siga podrá irse delante de mí.

—¿Quiere usted hacerse desgraciada causando pesares a su padre?

—¿Le pesará a mi padre que me haya sacrificado por obedecerle?

—Esta muchacha está muy insolente —dijo el cura—. Es preciso, señor Juez, que usted la mande a rezar algunos días en la cárcel hasta que cese su altanería.

Rosaura amartilló una pistola de dos tiros y dijo con voz de amazona:

—Señor cura, aquí hay dos balas que irán veloces hasta el tuétano del atrevido que me insulte: quiere descubrir lo que puede hacer el brazo de una hembra como yo resuelta a arrostrar por todo. Una palabra más y volarán los sesos de mis verdugos: quise perdonarlos a nombre de mi madre; pero ya veo que se empeñan en que descargue sobre ellos mi venganza: ¿lo queréis? Pues enviadme a la cárcel.

El cura y el teniente político retrocedieron asustados y Rosaura partió sin que nadie se atreviese a detenerla.

El cortejo del convento quedó hablando contra los malos libros, contra la educación del día, contra el religioso fundador de las escuelas lancasterianas y concluyó por declarar que el pueblo estaba excomulgado, por no haber sacado la lengua a esa muchacha que se había atrevido amenazar con pistolas al buen pastor y al juez de la parroquia. El pueblo tomó a su cargo el asunto dividiéndose en bandos encarnizados: unos veían en Rosaura una heroína y aplaudían con entusiasmo la lucidez de su plan y la gracia y maestría con que acababa de efectuarlo. Otros se limitaban a disculparla diciendo que su vida se había dividido en dos secciones; una de educación bajo las inspiraciones de una madre civilizada, y otra de prueba bajo la acción de un padre que no tenía ni remota idea de lo que pasa en el alma de una joven, en quien los nobles

sentimientos han nacido, el instinto de la delicadeza se ha pulimentado, la conciencia de la dignidad humana se ha despertado y un amor sin tacha ha presentado la perspectiva de una modesta felicidad. Según estos, la prueba había sido demasiado violenta, superior a las débiles fuerzas de una virgen y ésta no había podido menos que sucumbir.

El bando más numeroso era el de los tradicionalistas o partidarios de las fuertes providencias: éstos decían, como el padre de Rosaura, que el hombre ha sido creado para la gloria de Dios y la mujer para gloria y comodidad del hombre; y que, por consiguiente, el uno debía educarse en el temor de Dios obedeciendo ciegamente a los sacerdotes y los jueces, y la otra en el temor del hombre obedeciendo ciegamente al padre y después al esposo, y que el crimen de Rosaura debía ser severamente castigado, para vindicta de la sociedad y ejemplo vivo de todas las hijas. Estos acababan siempre por lamentar los buenos tiempos del Rey y por maldecir la Independencia americana y el nombre de Bolívar.

SEGUNDA PARTE

V

Al norte de la ciudad de Loja, en la

confluencia de los ríos Malacatos y Zamora, está el templo y el caserío principal de las cinco parcialidades de aborígenes que componen la parroquia de San Juan del Valle.

El 24 de junio, como día del Santo Patrón, se celebraban allí unas fiestas en que siempre a los indios les tocaba la peor parte, pues sus gustos se reducían a trabajar para que los blancos de la ciudad se divirtieran. Había misa solemne, procesión, corrida de gallos, y tras ésta se satisfacía la taurina pasión de nuestra raza. Preparadas de antemano las enramadas en los solares y los palcos a la rústica en torno de la plaza, la gente aguardaba con avidez la hora del espectáculo de los gallos que era en esta forma: se levantaba en la plaza una especie de horca: de la punta superior de uno de los dos palos pendía un cordel, que iba a pasar por una polea que estaba a la cabeza del otro palo, y se prolongaba para ser manejado a modo de columpio de maromero: pendiente del cordel en medio de los palos, estaba un gallo vivo atado flojamente de las patas, a una altura que difícilmente pudiese ser alcanzado por un hombre de a caballo. Los caballeros que entraban en la liza, se colocaban a distancia de veinte metros de esa horca o columpio, donde el gallo subía y bajaba según templeaban o aflojaban el cordel los que estaban al lado de la polea: dada la señal los caballeros iban partiendo de uno en uno, y al pasar al escape por debajo del gallo, procuraban arrancarle de

las leves ataduras que le unían al cordel; el que lo conseguía daba de gallazos a cuantos alcanzaba hasta que le quitaran en buena guerra al mísero animal o acabara éste de despedazarse con los golpes que con su cuerpo se descargaban sobre la espalda, la cabeza o las costillas de los jinetes. Tres gallos debían ser mártires de esta barbarie, antes que saliera el primer toro a reemplazar una barbarie lugareña con otra barbarie más clásica y pomposa.

En junio del 41, la fiesta y procesión habían terminado a la una y media de la tarde. A las dos, los palcos estaban llenos, y las miradas fijas en los caballeros de la liza: varios de éstos se mostraban cariacontecidos y otros disimulaban con chistes o chanzonetas de mal gusto, la vergüenza que padecían por haber pasado bajo la horca sin poder arrancar al gallo, porque entre las frivolidades sociales figura la de que la destreza en arrancar gallos el día de San Juan, sea aún asunto de gravísima importancia, especialmente si las miradas femeninas están dominando el espectáculo. Después de haber pasado bajo la horca todos los caballeros sin que a ninguno le hubiese cabido el alto honor de dar de gallazos a sus prójimos y merecer por ello el aplauso de las hermosas, iba a empezar de nuevo la corrida, cuando se presentó entre ellos una competidora que dejó absorta a la concurrencia.

En un brioso corcel blanco, entró, fresca y encarnada, con largo vestido azul y sombrerito de paja, la misma amazona que seis meses antes había partido de otro valle intimidando a sus tiranos.

Su presencia en esa plaza produjo una sorpresa animadora: pero la emoción general subió de punto, cuando se vio partir a esta beldad desconocida, pasar bajo la horca, arrancar un gallo, y no descargarlo sobre los caballeros que la galanteaban presentándola sus espaldas para recibir la dicha de un gallazo de sus manos, sino obsequiarlo a una india anciana y andrajosa diciendo:

—Ésta ha sido la dueña del animal, y se lo han quitado por fuerza, según la pena con que le estaba contemplando.

—Cierto, ama mía, Dios se lo pague —dijo la india.

Colocado el segundo gallo fue Rosaura por segunda vez fácilmente vencedora, porque los indios que tenían la cuerda, seducidos por la hermosura y agradecidos del acto de piedad de esta amazona, aflojaron de modo que el gallo quedase muy accesible.

—Reclamo la costumbre —dijo un mozo grosero y arrebató el gallo de manos de la joven causándole una leve lastimadura con el espolón y rasgándole parte del vestido.

Los indios, que con su instinto fino conocen a quien los favorece, y le defienden con salvaje tenacidad, corrieron a pie tras el

hombre de a caballo que había lastimado a su bienhechora, le alcanzaron, se prendieron de las riendas y de la acción sufrieron riendazos y gallazos del jinete y de los que acudieron en su defensa, hasta que llegó la joven y dijo a sus vengadores en lengua quichua:

—¡Amigos míos! ¿Creéis que estas gotas de sangre merezcan ser vengadas? No, hijos, éste es un desgraciado como vosotros y como yo: él ha reclamado la costumbre, en la costumbre está lo malo, y ésta viene de muy atrás.

—Él te ha faltado al respeto y le hemos de castigar —dijo un cacique.

—Él no sabe lo que es digno de respeto; para él sólo es respetable la costumbre, y como buen ignorante ha cumplido con su deber.

—Nosotros le hemos de enseñar a respetar a las señoras como nosotros las respetamos.

—Nuestra voz es muy débil, amigos, para enseñar, y nuestra situación muy triste para aprender. Dejad en paz a ese hombre, a quien la costumbre ha hecho ignorante y la ignorancia le ha hecho grosero.

—La letra con sangre entra.

—¡Por Dios! No pronunciéis esa palabra.

Los indios se retiraron; la joven fue conducida al convento; se le vendó la herida y se la hizo protagonista de una ruidosa francachela. Circuló el rumor entre las beatas de que una hereje extranjera se había presentado en el valle por arte de satanás y

que había hecho cosas diabólicas.

Después de la fiesta, se la veía pasear sola en su alazán por los alrededores de la ciudad. En determinados días de la semana llegaba a las alturas de San Cayetano y permanecía largo rato mirando la alfombra de púrpura y gualda que forman las dumarides y las caléndulas silvestres. Se asegura que allí cantaba la canción colombiana La Pola y algún sentido yaraví, acompañándose con el canto de los gorriones, los suipes, los lapos y otras aves, y que al volver a la ciudad cuidaba de apearse a la margen del Zamora, enjugaba sus ojos con un pañuelo y bañaba su rostro con esas aguas frescas y cristalinas.

Habitaba una casita en la calle de San Agustín que era la más pintoresca de la ciudad: tenía a pocos metros la grande acequia que pasa a batir el molino de los Dominicos. La puerta siempre abierta mostraba en exposición permanente un pequeño plantío de espárrago, rosas, jazmines y claveles entre higueras, duraznos y tomates que hacían del patio un bosque y un jardín.

Al entrar la amazona salía un criado a encargarse del caballo; otro estaba en la cocina: estos dos y no más eran su servidumbre: ella subía una grada de madera, llegaba a su cuarto de tocador; cambiaba su ropa de a caballo por otra de trapillo; descansaba por una o dos horas meciéndose en su hamaca y leyendo alguna cosa: también

tenía sus ratos de escribir. Después arreglaba mejor la veste y el peinado y salía a la sala de recibo: ésta era espaciosa, pero un poco desmantelada, pues había sido antes sala de billar de modo que la palabra billar llegó a tener una aceptación convencional y maliciosa que envilecía el nombre de la dama y la hacía verter lágrimas secretas de amargura que ella procuraba ahogar en los placeres.

Es cuanto se puede narrar acerca de su vida privada, aunque ciertamente, la mujer a quien alguna fatalidad ha arrojado a la corriente de las aventuras, no tiene vida privada, pues hasta los mínimos incidentes de su casa van pasando de corro en corro con adiciones y comentarios.

VI

El secreto de las tempestades atmosféricas está hasta cierto punto descubierto y explicado porque han sido siempre invariables las leyes de la materia; pero hay otras tempestades misteriosas con instintos y albedrío que si una vez llegan a estallar, no se puede saber cuál será el límite de sus estragos: esta tempestad es la del corazón de una mujer hermosa, de sentimientos nobles y generosos a quien la desesperación ha llegado a colocar en mal sendero: ésta caminará vía recta a los abismos,

porque finca su orgullo en no retroceder jamás y en devolver a la sociedad burla por burla, desprecio por desprecio, injusticia por injusticia y víctima por víctima; pero con mayor o menor decencia, según los grados de educación a que ha llegado, pues hasta el vicio tiene su dignidad en las almas educadas.

En Rosaura, las cuerdas con que su padre la había atado al estúpido cautiverio, fueron estrechadas hasta romperse. Un mal ministro del altar la ató con el vínculo matrimonial que también por tiránico e injusto hubo de romperse y se rompió. Un ministro de justicia intentó castigar en la víctima los delitos de los verdugos y ella hubo de detestar a los jueces de su tierra.

Entre la corrupción que tiraniza y la corrupción que halaga no es dudosa la elección para una criatura inexperta y de alma ardiente como Rosaura. Los déspotas y los fanáticos son los que empujan la sociedad a la región del libertinaje.

Esto es lo que debe decirse en vez de descubrir los festines, las orgías y los excesos que en casa de Rosaura iban quedando bajo la jurisdicción de las tinieblas. Basta saber que en los primeros días de septiembre, destinados a la afamada feria del Cisne, se veía a esa infeliz mujer en los garitos, dejándose obsequiar hasta por los beodos de los figones.

Pasados estos días de gran bullicio la casa de Rosaura estaba siempre cerrada y las

noches en silencio. Alguna mudanza sustancial había ocurrido.

VII

En uno de los primeros días del mes de octubre, en que los estudiantes, después de la feria, vuelven perezosamente a sus temidas faenas de colegio, uno de los cursantes de Óptica y Acústica, recibió de su catedrático que era médico, el estuche quirúrgico y la orden de seguirle para hacer el estudio práctico de los órganos de la voz, del oído y la vista; la casa donde llegaron estaba situada a pocos metros del colegio.

Al entrar vieron en el cuarto del zaguán un grupo apiñado de hombres y mujeres: varios jóvenes de los que componían el grupo habían empalidecido, y la concurrencia en general se mostraba conmovida sin que faltase alguna vieja que dijese entre dientes ¡castigo de Dios! ni algún mozalbete que soltase en baja voz sus chanzas maliciosas, pues, en todas partes se encuentra cornejas que están siempre de mal agüero y truhanes que parecen haber nacido para estar siempre de chunga.

Algunos momentos después, entraron el alcalde, el escribano, cuatro peones y una guardia del depósito de inválidos. El comandante de esta guardia mandó despejar la pieza del zaguán: al retirarse los concurrentes

se dejó ver echado en tierra sobre una manta vieja y con una luz a la cabecera el cadáver de una mujer; el rostro conservaba aún la gracia de los perfiles, pero estaba denegrecido: las dos crenchas de su espesa cabellera se mostraban desgredadas y sin lustre: si el pavoroso efluvio de la muerte no lo impidiera, podría decirse que la barba, la garganta, el seno y los brazos desnudos de esa mujer conservaban aún su póstuma hermosura.

Rosaura iba a sufrir las expiaciones de ultra-tumba.

Los cuatro peones, sin emoción de ningún género, levantaron el cadáver, le sacaron del cuarto, le colocaron sobre una hilera de adobes en la mitad del patio y la desnudaron hasta la cintura.

El médico abrió su estuche, preparó los instrumentos, devolvió el resto al estudiante que estaba a su lado y empezó la operación. Al ver correr cruelmente las cuchillas y descubrirse las repugnantes interioridades escondidas en el seno de Rosaura, de la que poco antes había sido una beldad, un sudor frío corrió por la frente del estudiante: no pudo continuar mirando la profanación sarcástica del cuerpo de una mujer, pues había creído hasta entonces obscura y vagamente que la constitución fisiológica de este sexo debía ser durante la vida, un incógnito misterio, radiante de gracias y de hechizos, y que al morir, estos secretos que tienen tanto de divino para las

almas juveniles, no podían ir a hundirse en el sepulcro, sin que antes tocasen las campanas sus fúnebres clamores, se encendiesen los blandones alrededor de un féretro, se entonasen cánticos sagrados y se acompañase con lágrimas y sollozos a la que va en funérea procesión a despedirse para siempre. Apartó la vista de este espectáculo que iba dando muerte a todas sus ilusiones y se retiró, dominado por una especie de crudo desengaño del linaje humano, sin que el dictado de cobarde que se le daba, ni la voz imperiosa de su maestro fuesen parte a detenerse presenciando tantas miserias. Mas no le fue dado encaminarse a su colegio porque el centinela le echó atrás, entonces el estudiante dijo para sí solo: «¿Ha de tener tantos enemigos y tantos aparatos este ser al cual la cuchilla acaba de mostrarme como inmundo y deleznable? Si la mujer, que es la belleza, acaba de expelerme con su repugnante deformidad, con razón el centinela, que es la fuerza, me parece más deforme que el cadáver».

El estudiante pudo en aquel día afirmar por propia experiencia la profunda enseñanza que da la máxima de Pascal diciendo: «Es arriesgado manifestar demasiado al hombre cuanto se asimila a los animales, sin hacer patente su grandeza. Es lo más todavía hacerle ver demasiado su grandeza, sin su bajeza, y aún más dejarle ignorar ambas cosas».

Siendo la consigna del centinela de que nadie entrase ni saliese hasta que la larga operación de la autopsia hubiese terminado, el estudiante tuvo de entrar en el cuarto de donde la difunta acababa de salir, pues era el único asilo que le quedaba.

Allí estaban la manta y la antorcha funeraria, y cerca de ésta hablaban un comerciante y un abogado de Cuenca sobre la injusticia con que se atribuía a su paisano el señor M... la muerte de esa mujer: para comprobarlo había relatado algunos antecedentes que ya hemos referido, y leyeron enseguida las cartas y los borradores que se habían encontrado en el costurero de la difunta: estos documentos iban a ser presentados, en caso de que se declarase haber lugar a formación de causa: decían así:

Nº 1.- Quito, 1º de septiembre de 1841.

Rosaura, mi antigua amiga:

Si hubo un tiempo en que te hablé el lenguaje del amor profano, otro tiempo ha sobrevenido en que las cosas han cambiado y es necesario que también cambien las palabras.

Cuando pronunciaste el fatal sí en el templo de nuestro valle yo me puse en camino para recibir el sacramento del orden sacerdotal.

Al amor precoz que me inspiraste debí los estímulos que dirigieron por buen camino mis

estudios y mi conducta; después me encaminaste por extraña senda a las aras del Padre que nos manda perdonar, y todo lo he perdonado.

Hoy tu antiguo amigo ha llegado a saber que has tenido la desgracia de entrar en el número de las ovejas descarriadas, y se postra desde aquí a hacerte la plegaria de que vuelvas al aprisco.

Tú piensas que te estás vengando de los que te han tiranizado. ¡Infeliz! mira lo que haces.

Reflexiona que ningún mal has recibido de las jóvenes inocentes que pudieran pervertirse con tu ejemplo, y que en ese género de desagravio que has adoptado por sistema, la pena no retrocede hacia los autores del mal que han sido nuestros mayores, sino que va directamente a las nuevas generaciones que no han tenido ni voluntad ni ocasión de ofendernos.

Hubo un tiempo en que por el delito de un padre se imponía a los hijos y demás descendientes la pena de infamia y de perder todos bienes. ¿Te parece esto justo y racional? No, eso es monstruoso, me responderás; pues eso y mucho más es lo que hacemos cuando un ciego despecho engendra en nosotros la venganza contra una sociedad que creemos viciada o criminal.

Si tu padre, tu cura, tu juez y la mayoría de tus paisanos te han empujado

violentemente a los abismos, ha sido porque ellos venían también empujados de otras fuerzas anteriores a que no habían podido resistir. Una ignorancia deplorable más bien que criminal había dado el primer impulso a los defectos sociales de que eres víctima: tú te has entregado al vicio para viciar más la sociedad, burlarte de ella, despreciarla a tu saber y vengarte de ese modo, es decir, que has cedido al mismo impulso que empujó a tus mayores, y que entonces debes ser a tus propios ojos, tan odiosa como un mal sacerdote, un mal juez y una mala sociedad: algo más todavía: el mal padre, el mal sacerdote, el mal juez y la mala sociedad han procedido por ignorancia y estulticia, y esto es más bien lastimoso que punible: tú recibiste los dones de una inteligencia clara, de una educación dulce, bajo las inspiraciones maternas y un amor puro y leal que dio vuelo y consistencia a los sentimientos generosos. Con estos elementos se forman las almas fuertes, y en las almas fuertes es un crimen imperdonable el caer en las mismas miserias que forman la triste herencia de los imbéciles.

Lo que haces es además contra ti misma, estás destruyendo tu reputación y tu hermosura. Tú, no crees que te diviertes, por más que lo procuras, porque siempre te asalta el recuerdo de lo que era la inocencia.

¡Rosaura! Mi antiguo amor era egoísta: quería que fueses mía: quería mi felicidad:

ahora quiero la tuya, o que sea tu desgracia menos grave. Vuelve al campo, piensa, reflexiona y allí oirás la voz de Dios en las reminiscencias de los consejos de tu madre. Eduardo.

Seguía un borrador de letra de Rosaura que decía:

Nº 2. Eduardo. Yo estaba gozándome en mis triunfos y tú me haces avergonzar. Eres la única criatura ante quien siento la necesidad de justificarme; pero sin ocultar que tus palabras son nuevas tiranías que vienen a perseguirme en el campo a donde la fatalidad me ha conducido. Si mi madre no me hubiese inspirado religión y si tú no me hubieras hecho traslucir lo sublime del amor puro, yo contaría como mis verdugos y mis amantes, con el desenfreno de la ignorancia y no vendrían los remordimientos a taladrarme las entrañas.

Más daño me han hecho mis benefactores que mis tiranos: para estos me basta con el odio; para destruir la obra de los otros necesito los vértigos, ofuscamiento, bullicio aturdido. Concédeme la gracia de guardar silencio o romperé cañas contigo. Yo no puedo vivir sino de emociones, las emociones son un sueño y no quiero que nadie me despierte.

Tú sabes algo de mi primera educación, pero no lo sabes todo. Mi madre me enseñó a conocer a Dios, llevándome a las colinas de

nuestro pueblo y diciéndome con acento cariñoso: «Mira la hermosura de estos campos, escucha el cantar de los pajarillos, observa ese cóndor perdiéndose entre las nubes, fija tus ojos en el azul del firmamento, mira ese sol que sale tan brillante. ¿Sabes quién hizo todo esto y nos puso aquí porque nos quiere?» «Esto es muy grande y muy bonito», le respondía yo, «apostemos a que lo ha hecho alguno de esos reyes que nombra papá sacándose el sombrero». «No, hija, esos reyes eran hombres como todos: el que hizo esto es un Espíritu que no se puede ver; pero que te quiere tanto como nadie puede quererte porque es tan bueno que tú no has de comprender su bondad, sino cuando seas más grandecita: es amigo de los pobres, de los niños y de todos los que son buenos: él se pone bravo con los soberbios, con los rabiosos y con los que maltratan a sus prójimos». De este modo iban calando las ideas de mi madre en mi infantil inteligencia. Yo aprendí a adorar a Dios porque era Padre, porque era bueno y porque había hecho cosas tan grandes y tan hermosas.

Mi padre en vez de hacerme amar las cosas santas, imponía la tarea de rezar como una veintena de padrenuestros y avemarías por centenares cada noche, de modo que lo largo de la faena y la dureza con que se me obligaba a cumplirla me hicieron temible la devoción.

Yo llegué a abrigar el error de que había dos religiones: una pura simpática y divina que mi madre me inspiraba, y otra pesada y odiosa, que mi padre me hacía practicar sin inspirarme ni enseñarme cosas grandes. Cuando veía que el cura de nuestro pueblo mandaba azotar a los indígenas y ponía presas a las viudas que no podían pagar los derechos funerales de sus maridos difuntos, yo decía sin vacilar: la religión del cura no es la religión de mi madre, y día por día iba sucediendo no sé qué dentro de mí que me ha ido empujando hasta el punto a que he llegado.

Tú me has escrito en un lenguaje que me hace mucho mal, me hace sentir alguna cosa semejante a la religión de mi madre; pero ya para eso es demasiado tarde. He visto a mis plantas sotanas y cerquillos, y he tenido el capricho de enardecer los galanes del orden sacerdotal, para luego expelerles con desprecio. Ellos se han vengado subiendo a retratarme en el púlpito con groseros coloridos, sin perjuicio de volver a pedir de rodillas perdón. Yo me creía superior a todos los que delante de mí se posternaban pero cuando tú me dices que te arrodillas me siento humillada y confundida: aquí se rinden a mis plantas para pedirme que me envilezca, para decirme que sea de ellos, y tú me diriges una plegaria pidiéndome que me enmiende, que me ennoblezca, que sea de Dios. Esto me dice lo que pude ser y lo que soy ¿por qué me das una

herida tan mortal? Has despertado los remordimientos que yo acallaba con mis triunfos, y me has puesto en tal desesperación que quisiera maldecirte: pero veo que aquello sería injusto y a nadie maldigo sino a mí misma.

Eduardo, no vuelvas a escribirme: no temas que me destruya porque cuando esto suceda daré una nueva campanada. Todos los caminos están obstruidos para mí, excepto el que voy siguiendo. ¡Oh, si pudiera volver a los instantes de nuestra última entrevista!... Pero eso es imposible. No puedo volver a ser soltera como tú no puedes borrar el carácter del sacramento que has recibido.

Por compasión, no vuelvas a escribirme.

Nº 3. Quito, a 20 de septiembre de 1841.

Rosaura: Intentas romper conmigo: me pides que te deje en paz; pero en tu corazón no hay paz y ésta es la que quiero darte a nombre del Señor.

A merced de las antorchas que iluminaron tu niñez, sientes aún remordimiento y te pesa de no poder obrar mejor, creyendo que los caminos de la virtud están obstruidos; pero no, hija mía, aún puedes volver tu conducta hacia el camino que tu madre te trazara.

El levantar una pistola, hacer temblar a los imbéciles, resolverse a morir luchando, andar sola por los caminos desafiando los peligros, muestran en ti la triste excitación de un valor

desesperado, eso no es el valor racional, no es el valor del alma grande.

Los triunfos del verdadero valor son los que se obtienen desechando lo halagüeño para no hacer más que lo que es justo. Cuanto has hecho hasta aquí, muestra el valor del vaho que se expande al evaporarse. Cuando levantaste la pistola venciste al cura y al teniente, después de haber sido vencida por un ímpetu de furia que no pudiste reprimir, es decir, que no pudiste vencer. La verdadera victoria la alcanzarías al dejar la bahorrina de los placeres frenéticos para seguir los decentes y racionales.

Para llegar a ese triunfo te bastará reflexionar que las fuentes del placer no tardarán en agotarse y quedarán las heces que son amargas y punzantes: ¿qué harás entonces, hija mía? Sentir el corazón estrangulado por las serpientes del ya estéril arrepentimiento.

Mientras más se apuran los placeres, más pronto el alma se debilita: en el alma debilitada se van anidando las pasiones bajas, y vienen tras éstas el cansancio y el hastío que son la viva imagen de los infiernos.

Ahora tienes fuerzas todavía y el mejor empleo que puedes darles es el de luchar contigo misma.

A nombre del Padre celestial que adorabas con tu madre, te pido, no un sacrificio sino tu descanso, tu sosiego de pocos meses. Retírate

de la vida escandalosa: vive oculta hasta la próxima cuaresma, en que iré yo, invocaré la gracia divina y tengo fe en que serán disipadas las tinieblas que hoy ofuscan tu corazón, y sentirás reanimado tu valor.

Cederás fácilmente a los ruegos que te hace tu antiguo amigo cuando medites en la fealdad del libertinaje que fomentas con tu hermosura.

Tus galanes creen engañarte y tú crees también que los engañas, y en realidad, ellos como tú sólo se engañan a sí mismos; porque se arruinan, se depravan y van perdiendo de hora en hora su excelsa calidad de racionales.

Créeme, hija mía, que los caminos de la virtud están siempre abiertos para todos.

Eduardo.

Nº 4. Eduardo: Las desgracias que me anuncias como futuras están ya dentro de mí.

¿Sabes lo que es una feria en esta ciudad? ¡Oh, si hubieras visto cuán hermosa y concurrida ha estado en el presente año! ¡Qué de fisonomías, que de modas, qué de acentos tan variados!

Mira lo que he escrito por divertirme y que hoy rompo desesperada.

«9 de septiembre. Confieso que tienen muy buen gusto los que pintan o escriben cuadros de costumbres: yo también quisiera una pluma y un pincel para el cuadro de anoche con su grupo de dos híspidos de

Cuenca, un tozudo puruguayo (riobambeño), un fraile de todas partes, dos crespos de la costa, tres lindos de no sé dónde, un gracioso de provincia y un comandante sin domicilio, que formaron mi cortejo. El gracioso cayó en desgracia de todos porque me hacía reír: al comandante se le calificó de cobarde porque me hablaba de sus proezas: al fraile le traté mejor, porque deseaba que sus compañeros le aborrecieran, y no tardé en conseguir que le dieran su par de sornavirones los híspidos de Cuenca, aunque no tardaron en arrodillarse a pedirle la absolución juzgándose excomulgados. A los lindos los traté como a señoritas y entiendo que quedaron satisfechos. Al tozudo le costó mucho trabajo afectar zalamería; pero ésta estuvo de sobra de parte de los provincianos, que reducían sus galanterías a decirme que eran viles gusanillos de la tierra y que yo era una deidad: esto no divierte. Los costeños me decían candorosamente: ¡que venga la música, la diversión, que eso es lo que se quiere! y me parecía bien esta franqueza».

«Día 10. Ha habido una competencia entre morlacos y costeños que no pude comprender, porque reventaba de risa al oír al guirigay que se formaba al alternarse el acento esdrújulario de los primeros y el puntiagudo de los segundos. El Señorío de Cuenca y Señorío de la costa hacen un contraste graciosísimo, pues cada uno alarga tanto más su acento

respectivo, cuanto más insinuante quiere mostrarse.

Pero dejemos estas frivolidades de un libro de memorias del que no van a quedar ni las cenizas. Basta con decirte que en un lado estaba el portal de los juegos de envite, y en otro el de los grandes comerciantes, aquí los revendedores con sus acatamientos, allí algún dicho gracioso, más acá una fina galantería: música, festines, serenatas, obsequios; nada me faltaba; se podía creer que había llegado a satisfacerse la amplitud de mis aspiraciones; pero algo tenía dentro de mí que me excitaba a llorar.

Después la ciudad ha vuelto a su genial silencio, y mi alma se ha tornado en un arenal desierto, tostado por el sol del arrepentimiento y removido por los vientos del desengaño; en este vasto arenal la imagen de lo pasado se levanta como un espectro.

Tengo vergüenza de mí misma, me aborrezco de muerte y no sé cómo he de vengarme. Antes de nueve meses he recorrido un siglo de perdición.

He pulsado mis fuerzas y me siento incapaz de postrarme a ser oída en penitencia por los mismos a quienes he repulsado con desprecio. Solamente ante ti me arrodillara; pero entonces los sollozos no me darían lugar para acusarme y no podría menos que encenderme en un amor ya imposible, en un amor desesperado.

He causado muchos daños que no habría conocido sin tus cartas: es preciso que el escándalo termine juntamente con la vida antes que tú vengas a anonadarme.

Adiós, Eduardo.

Sin ningún signo de compasión y caminando directamente hacia su objeto, el abogado continuó diciendo:

—A estas cartas que dan indicios vehementes de un suicidio se agrega lo que dicen unánimemente los declarantes, a saber, que esta señora, estando con fiebre y con otras enfermedades, convidó para un paseo a unas veinte personas, casi todas de la plebe: comió como desesperada, frutas y manjares que le hicieron daño: apuró licores por primera vez, porque antes aunque era alegre no bebía: y casi ahíta, embriagada y casi delirante por la fiebre, entró a bañarse a las seis de la tarde en el agua helada del Zamora. A las once de la noche el apoplético la mandó a la eternidad.

Como esta relación estaba más terrible que la presencia del cadáver, el estudiante salió a buscar un aire más respirable que el de ese cuarto, y se encontró con el espectáculo de los peones que estaban recogiendo en el ataúd trozos de carne humana engangrenada.

Allí estaba exangüe y despedazado el corazón que había hecho palpar a tantos corazones.

Por la tarde cuatro indígenas pisoneaban

una sepultura y los curiales daban por terminado el sumario por no haber lugar a formación de causa. He aquí el fin de la que fue Rosaura.

APÉNDICE

El cura que había causado la perdición de esa mujer, cuando supo su muerte subió al púlpito y platicó patéticamente sobre las desgracias que traen consigo la desobediencia a los padres, el desacato al sacerdote y el irrespeto a los jueces. Don Pedro volvió a su tema de atribuir la muerte de su hija a las modernas instituciones. Don Anselmo se vistió de gala el día que le fue dada la noticia de su viudez. El presbítero Eduardo aún conserva respetuosamente las dolientes memorias de esa víctima. El estudiante no ha perdido de vista lo horrible del espectáculo que tuvo delante de sus ojos y ha apuntado sus recuerdos veinte y dos años después de los sucesos.